

Intervención del Presidente de la República en Conferencia Presidencial de Humanidades  
SANTIAGO, 26 de septiembre de 2005.

Queridos amigos y amigas:

Esta tarde concluyen nuestras Conferencias Presidenciales de Humanidades. Hasta aquí llegaron Fernando Savater, José Saramago, Mario Vargas Llosa, Adela Cortina, Carlos Fuentes, Gianni Vattimo, Alain Touraine, Manuel Castels, y hoy lo hace el destacado narrador italiano Claudio Magris.

La idea que tuvimos fue abrir el Palacio de la Moneda al paso de chilenos y chilenas, como una manera de simbolizar la proximidad de toda democracia entre gobernante y gobernados.

A poco andar, alguien dijo "pero si pasa tanta gente, por qué no colocamos algunas esculturas", fue lo que hicimos y después Agustín Squella me dijo 'Presidente, si ya hay esculturas, por qué no hacemos un espacio para que pueda haber conciertos' y se hicieron cuatro o cinco conciertos en el año.

Luego de que hubo conciertos, me dijo 'bueno, ¿y el valor de la palabra?' Si llegó la música, seguía la palabra y yo quisiera agradecer a todos el haber estado compartiendo con nosotros horas de reflexión de temas del pasado y del presente.

La Moneda, entonces, ha quedado abierta como un espacio a la cultura, al pensamiento y quizá va a tener una cierta prolongación en el centro cultural que esperamos inaugurar en enero próximo en el sector sur del palacio, mirando hacia la Alameda.

Hoy estamos culminando con Claudio Magris, de quien se han dicho tantas cosas. Se ha dicho que es tan caudaloso como ese río al cual usted le dedicó uno de sus títulos, el Danubio, de muchas obras que le valieron ser condecorado con la orden Príncipe de Asturias y de las letras, en donde lo que el jurado dijo que Magris representa una Europa diversa y sin fronteras, solidaria y dispuesta al diálogo de culturas. Él, que viene desde el origen mismo del diálogo de culturas.

Es cierto, también, que ha señalado con tanta fuerza que hay una cierta hora de desencanto, pero Magris ha sostenido que vivimos también la hora de la utopía de la redención social y civil, utopía que significa, en último término, no desfallecer, no rendirse ante las cosas tal como son y luchar siempre. En eso consiste, dice él, el buen combate, pidiendo prestada esta frase del buen combate de las palabras de San Pablo, que usted usa con mucha frecuencia.

Aquí estamos, hombres de pensamiento y de acción, dispuestos también a un buen combate por sus ideas y por un mundo mejor.

Queremos darle la bienvenida a nuestro país y gracias por llegar hasta aquí, para contarnos el itinerario de un escritor.

Muchas gracias, bienvenido sea.